

DÉCIMO PRIMER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Al regresar al Tiempo Ordinario, la Iglesia nos invita a reflexionar sobre lo que significa vivir la nueva vida que hemos recibido. La intensidad de la Pascua y Pentecostés da paso al trabajo continuo y cotidiano del discipulado. En la recuperación, este cambio nos es familiar. Los momentos de claridad, entrega y despertar espiritual son importantes, pero el cambio duradero se forma por medio de la práctica diaria y constante.

Las lecturas de este domingo hablan claramente sobre la identidad y la misión. En la primera lectura, Dios recuerda al pueblo de Israel lo que ya ha realizado: *“Los he levantado a ustedes sobre alas de águila y los he traído a mí.”* (Éxodo 19:4-6). La identidad del pueblo comienza como un regalo. Le pertenecen a Dios. La invitación a *“escuchar mi voz y guardar mi alianza”* no es una condición para ser amado, sino una respuesta a ello. Es una forma de vivir en la relación que ya se les ha otorgado.

Este es un punto de partida importante para la recuperación. Muchos de nosotros llegamos con un sentido distorsionado de identidad. Puede ser que hayamos dejado que nos definiera nuestra adicción, nuestros fracasos o la manera en que habíamos herido a otros. Muchas veces la culpa moldeó la forma en cómo nos veíamos a nosotros mismos. La recuperación empieza a cambiar eso. Nos damos cuenta de que nuestros peores momentos no nos definen, sino nuestra relación con Dios. Somos sus hijos e hijas amados.

De esa identidad surge el rumbo a seguir. El Paso Tres nos invita a tomar la decisión de poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios. No es una decisión de una sola vez, sino una práctica diaria. Aprendemos a escuchar la voz de Dios a través de la oración, la Sagrada Escritura y la sabiduría de otros ya en recuperación. Empezamos a reconocer que no tenemos que depender únicamente de nuestro propio entendimiento.

El Salmo Responsorial refuerza esta verdad: *“Somos su pueblo y su rebaño”* (Salmo 100). En la recuperación, a menudo escuchamos acerca de la importancia de mantenerse “en medio del rebaño”. No se trata de perder la individualidad, sino de reconocer nuestra necesidad de orientación y agrupación. El aislamiento era a menudo donde nuestra adicción crecía con mayor fuerza. La unión se convierte en un lugar donde la sanación echa raíces.

A medida que continuamos en la recuperación, se nos invita tener una sanación más profunda por medio del trabajo de los pasos Cuatro a Nueve. Estos pasos, junto con el Sacramento de la Reconciliación, nos ayudan a abordar el daño que hemos causado y las heridas que llevamos. En la Segunda Lectura, San Pablo nos recuerda la base de este trabajo (Romanos 5:8): *“Y la prueba de que Dios nos ama está en que Cristo murió por nosotros, cuando aún éramos pecadores.”* No nos ganamos el amor de Dios a través de nuestros esfuerzos. Respondemos a un amor que ya se ha dado.

El Evangelio presenta una imagen poderosa de la manera en que Jesús nos ve (Mateo 9:36): *“Al ver Jesús a las multitudes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y desamparadas, como ovejas sin pastor.”* Muchos de nosotros sabemos lo que es sentirse así. Antes de la recuperación, podíamos habernos sentido perdidos, desconectados o sin saber a dónde acudir. Jesús responde a esa condición no con juicio, sino con compasión.

Después, Él envía a sus discípulos con una misión: llevar sanación, esperanza y libertad a los demás. Esto refleja el movimiento sobre la recuperación. Lo que recibimos no está pensado para guardarse en nosotros mismos. El Paso Doce nos recuerda que, después de haber obtenido un despertar espiritual, buscamos llevar este mensaje a otros. Esto no exige perfección. Los propios discípulos seguían aprendiendo. Lo que importaba era su disposición a ir, a confiar y a compartir lo que

habían recibido. Lo mismo pasa con nosotros. No estamos llamados a tenerlo todo solucionado antes de ser útiles para los demás. Nuestra honestidad, nuestra experiencia y nuestra disposición para servir, pueden convertirse en una fuente de esperanza.

La recuperación se vive un día a la vez. Nos mantenemos cimentados en nuestra identidad como seres amados de Dios, conectamos con la comunidad, continuamos la labor de sanación y permanecemos abiertos a servir a los demás. Al hacerlo, participamos en la obra continua de Dios en nuestras vidas y en la vida de quienes nos rodean.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo has experimentado un cambio y pasar de ser definido por tus luchas a verte como un(a) hijo(a) amado(a) de Dios?
- ¿Cómo estás practicando el Paso Tres en tu vida diaria?
- ¿De qué manera se te invita a compartir esperanza o a apoyar a otros en su proceso de recuperación?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Éxodo 19:2-6a

SAL. RESP. Salmo 100:1-2, 3, 5

SEGUNDA LECTURA Romanos 5:6-11

EVANGELIO Mateo 9:36-10:8